

FE Y CIENCIA MODERNA EN EL MAGISTERIO DE S.S. BENEDICTO XVI

Miguel Salazar Steiger

INTRODUCCIÓN

Con gran fuerza expresiva el Papa Benedicto XVI ha evocado lo que significó el Concilio Vaticano II para el Pueblo de Dios:

«Fue un día espléndido aquel 11 de octubre de 1962, en el que, con el ingreso solemne de más de dos mil padres conciliares en la basílica de San Pedro en Roma, se inauguró el concilio Vaticano II. (...) Fue un momento de extraordinaria expectación. Grandes cosas debían suceder... Aleteaba en el aire un sentido de expectativa general: el cristianismo, que había construido y plasmado el mundo occidental, parecía

perder cada vez más su fuerza creativa. Se le veía cansado y daba la impresión de que el futuro era

Miguel Salazar Steiger es teólogo, Director del Centro de Estudios para la Persona y la Cultura de la Universidad Católica San Pablo. Pertenece desde 1981 al Sodalicio de Vida Cristiana. De 1987 a 1997 fue Superior del Centro de Formación del Sodalicio y de 2001 a 2010, Superior Regional en Colombia. Los años 2011 y 2012 ha sido miembro del Consejo Superior del Sodalitium, a cargo del área de Instrucción. Ha sido oficial del Pontificio Consejo para la Familia en la Santa Sede y Secretario de Redacción de la Revista "Vida y Espiritualidad".

decidido por otros poderes espirituales. El sentido de esta pérdida del presente por parte del cristianismo, y de la tarea que ello comportaba, se compendia bien en la palabra “aggiornamento” (actualización). El cristianismo debe estar en el presente para poder forjar el futuro»¹.

En todo el pontificado de Benedicto XVI se percibe como constante el esfuerzo por hacer vida esta presencia de la Iglesia y este abrirse al futuro, respondiendo a los desafíos de nuestro tiempo. Así lo expresó ya desde la inauguración de su pontificado: «También hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera»².

Se trata, pues, de responder a los desafíos del mundo de hoy. La relevancia del asunto de la ciencia moderna que abordaremos en este artículo, proviene de la conciencia, que Benedicto XVI ha reiterado más de una vez, de que «detrás de la vaga expresión “mundo de hoy” está la cuestión de la relación con la edad moderna»³, y que por eso es necesario ir dilucidando los complejos desafíos que la modernidad plantea a la fe y a la Iglesia, que no son otros que los que brotan de la cuestión de siempre de la relación entre la fe y la razón⁴. Entre ellos ocupan un lugar fundamental los desafíos de la ciencia, que han estado desde el inicio en el corazón de la compleja relación entre Iglesia y mundo moderno.

El diálogo con el mundo moderno —y por lo tanto también con la ciencia moderna— “se debe desarrollar con gran apertura mental,

-
1. Benedicto XVI, *Inédito publicado con ocasión del 50 Aniversario de la Apertura del Concilio Vaticano II*, 2 de agosto de 2012. [De ahora en adelante citaremos las intervenciones de S.S. Benedicto XVI omitiendo su autoría, a fin de evitar reiteraciones innecesarias].
 2. *Homilía en la misa de inicio del ministerio petrino*, 24 de abril de 2005.
 3. *Inédito publicado con ocasión del 50 Aniversario de la Apertura del Concilio Vaticano II*. Hablando del Concilio decía en términos muy semejantes a los inicios de su pontificado que este «debía interrogarse sobre la relación entre la Iglesia y su fe, por una parte, y el hombre y el mundo actual, por otra». Y añadía que «la cuestión resulta mucho más clara si en lugar del término genérico “mundo actual” elegimos otro más preciso: el Concilio debía determinar de modo nuevo la relación entre la Iglesia y la edad moderna» (*Discurso a la Curia romana con ocasión del saludo navideño*, 22 de diciembre de 2005).
 4. «El paso dado por el Concilio hacia la edad moderna, que de un modo muy impreciso se ha presentado como “apertura al mundo”, pertenece en último término al problema perenne de la relación entre la fe y la razón, que se vuelve a presentar de formas siempre nuevas» (*Discurso a la Curia romana con ocasión del saludo navideño*, 22 de diciembre de 2005).

pero también con esa claridad en el discernimiento de espíritus que el mundo, con razón, espera de nosotros”⁵. En esta exposición queremos mostrar ambos aspectos en el magisterio del Papa Benedicto XVI sobre la ciencia

moderna. La apertura de mente supone, evidentemente, una valoración de todo lo que hay de positivo, pero ante todo una disposición de escucha que permita comprender la lógica que está en el fondo del fenómeno moderno de la ciencia y plantear el diálogo en ese plano. El discernimiento incluye una fase crítica —y son extensos los agudos análisis del Papa sobre la problemática de la razón científica moderna—, pero sobre todo, y consideramos que aquí radica el mayor aporte del Papa Ratzinger, indicar un camino hacia adelante en el diálogo y la iluminación mutua, que permita superar malentendidos, unilateralidades, estrecheces innecesarias y contradicciones, para avanzar hacia la verdad.

El diálogo con el mundo moderno —y por lo tanto también con la ciencia moderna— “se debe desarrollar con gran apertura mental, pero también con esa claridad en el discernimiento de espíritus que el mundo, con razón, espera de nosotros”. En esta exposición queremos mostrar ambos aspectos en el magisterio del Papa Benedicto XVI sobre la ciencia moderna.

LA CIENCIA MODERNA

Para comprender la ciencia moderna, es necesario tener claro, primero, qué entiende el Papa en este contexto por ciencia. Según Benedicto XVI, la tarea de la ciencia, en este sentido preciso, «era y es una investigación paciente pero apasionada de la verdad sobre el cosmos, sobre la naturaleza y sobre la constitución del ser humano»⁶. Se trata de una empresa apasionante que hunde sus raíces en la vocación y dignidad del ser humano, y en la que, como en toda realidad humana, se manifiestan grandezas pero también limitaciones:

«En esta investigación se cuentan numerosos éxitos y numerosos fracasos, triunfos y derrotas. Los avances de la

5. Allí mismo.

6. *Discurso a la plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias*, 28 de octubre de 2010.

ciencia han sido alentadores, como por ejemplo cuando se descubrieron la complejidad de la naturaleza y sus fenómenos, más allá de nuestras expectativas, pero también humillantes, como cuando quedó demostrado que algunas de las teorías que hubieran debido explicar esos fenómenos de una vez por todas resultaron sólo parciales»⁷.

Esto no significa que los avances parciales carezcan de valor, pues «también los resultados provisionales son una contribución real al descubrimiento de la correspondencia entre el intelecto y las realidades naturales, sobre las cuales las generaciones sucesivas podrán basarse para un desarrollo ulterior»⁸.

La ciencia moderna debe entenderse, pues, en primer término como una nueva etapa en el desarrollo de la ciencia, marcado por «nuevas dimensiones del saber» que se abrieron en los «tiempos modernos» y que cristalizaron específicamente en dos ámbitos:

«Ante todo, el de las ciencias naturales, que se han desarrollado sobre la base de la conexión entre experimentación y presupuesta racionalidad de la materia; en segundo lugar, en el de las ciencias históricas y humanísticas, en las que el hombre, escrutando el espejo de su historia y aclarando las dimensiones de su naturaleza, trata de comprenderse mejor a sí mismo»⁹.

Pero hablar de ciencia *moderna* exige entender también la modernidad y la novedad radical de su orientación, que Kant parangonaba a la del giro copernicano¹⁰: supone comprender, por un lado, el lugar que el desarrollo de las ciencias tiene en el origen de la nueva época que se denominó modernidad, y también abordar la interpretación de la ciencia que elaboró el pensamiento moderno, central en su autoconciencia. Para entender esta nueva etapa, y más específica-

7. Allí mismo.

8. Allí mismo.

9. *Discurso preparado para el Encuentro en la Universidad de Roma "La Sapienza"*, 17 de enero de 2008.

10. Ver Immanuel Kant, *Prólogo a la segunda edición en Crítica de la razón pura*, FCE, UAM, UNAM, México 2009.

mente la relación de la ciencia con la edad moderna, el Papa Benedicto XVI, sin pretender en ningún momento un desarrollo histórico exhaustivo, se detiene en algunos hitos fundamentales. Señalaremos los más importantes.

GALILEO

Según el Papa Benedicto, Galileo es importante en la historia de la ciencia moderna, en primer lugar, en relación con el descubrimiento del telescopio¹¹, que representa un importante cambio de perspectiva. Este descubrimiento, dice el Papa Ratzinger, marcó «una etapa decisiva para la historia de la humanidad», que de alguna manera abre a todas las «otras grandes conquistas» que han contribuido al «progreso tecnológico» en que se «muestra la grandeza del intelecto humano, que, según el mandato bíblico, está llamado a “dominar” toda la creación (cf. *Gn 1, 28*), a “cultivarla” y a “custodiarla” (cf. *Gn 2, 15*)»¹².



Galileo presentando su telescopio

Con el telescopio se produce un cambio en la cultura. Por un lado, se incrementó “la conciencia de que se encontraba ante un punto crucial de la historia de la humanidad”. Por otro, se modificó el modo en que se entendía la ciencia:

«La ciencia se convertía en algo distinto de como los antiguos la habían pensado siempre. Gracias a Aristóteles se había llegado al conocimiento cierto de los fenómenos partiendo de principios evidentes y universales; ahora Galileo

11. En 1611 Galileo Galilei (1564-1642) presentó en la *Accademia de los Linceos* de Roma el telescopio, que había sido desarrollado unos años antes en los Países Bajos.

12. *Mensaje al Congreso sobre el tema “Del telescopio de Galileo a la cosmología evolutiva”*, 26 de noviembre de 2009.

mostraba concretamente cómo acercarse y observar los propios fenómenos, para comprender sus causas secretas. El método deductivo cedía el paso al inductivo y abría el camino a la experimentación. El concepto de ciencia que había durado siglos ahora se modificaba, emprendiendo el camino hacia una concepción moderna del mundo y del hombre»¹³.

La segunda razón por la que Galileo Galilei es importante para la ciencia moderna es porque su conflicto con la jerarquía eclesiástica se ha convertido en un hito simbólico de la compleja relación entre

Galileo es importante en la historia de la ciencia moderna, en primer lugar, en relación con el descubrimiento del telescopio, que representa un importante cambio de perspectiva. Este descubrimiento, dice el Papa Ratzinger, marcó «una etapa decisiva para la historia de la humanidad».

Iglesia y modernidad. Esta relación tuvo un «inicio muy problemático», precisamente en «el proceso a Galileo»¹⁴, en el cual el Papa

Benedicto XVI admite un error de la Iglesia¹⁵, al mismo tiempo que reconoce la lucidez de Galileo para percibir algo que no todos los eclesiásticos supieron percibir con la misma claridad:

«El gran Galileo dijo que Dios escribió el libro de la naturaleza con la forma del lenguaje matemático. Estaba convencido de que Dios nos ha dado dos libros: el de la Sagrada Escritura y el de la naturaleza. Y el lenguaje de la naturaleza —esta era su convicción— es la matemática; por tanto, la matemática es un lenguaje de Dios, del Creador»¹⁶.

Sin menoscabo del hecho de que la valoración histórica del conflicto con Galileo debe tener en cuenta toda la complejidad del asunto, el juicio y condena de Galileo se convertiría en el emblema del conflicto entre fe y ciencia en la Edad Moderna.

13. Allí mismo.

14. *Discurso a la Curia romana con ocasión del saludo navideño*, 22 de diciembre de 2005.

15. «La relación entre la Iglesia y el periodo moderno, desde el principio, era un poco contrastante, comenzando con el error de la Iglesia en el caso de Galileo Galilei» (*Discurso en el Encuentro con el Clero de Roma*, 14 de febrero de 2013).

16. *Discurso a los jóvenes de Roma y del Lacio*, 6 de abril de 2006.

BACON

Otro hito importante en el surgimiento de la conciencia moderna que señala Benedicto XVI, igualmente ligado al desarrollo de la noción de ciencia, es el pensamiento de Francis Bacon¹⁷, contemporáneo de Galileo. En la *Spe salvi*, el Papa Ratzinger indica que «los elementos fundamentales de la época moderna» se ven «con particular claridad en Francis Bacon»¹⁸, pues el origen de la nueva conciencia moderna se debe a la evolución producida en la comprensión de la ciencia y la técnica que se da con Bacon. «¿Sobre qué se basa este cambio epocal?», pregunta. Y responde:

«Se basa en la nueva correlación entre experimento y método, que hace al hombre capaz de lograr una interpretación de la naturaleza conforme a sus leyes y conseguir así, finalmente, “la victoria del arte sobre la naturaleza” (*victoria cursus artis super naturam*)¹⁹. La novedad —según la visión de Bacon— consiste en una nueva correlación entre ciencia y praxis»²⁰.

Bacon, según el Papa Ratzinger, ve en este cambio, que según él permite ejercer el poder sobre la naturaleza mediante la ciencia, una superación del pecado original y un restablecimiento del «dominio sobre la creación, que Dios había dado al hombre²¹»²². Esto significa que la «redención», el restablecimiento del “paraíso” perdido, ya no se espera de la fe, sino de la correlación apenas descubierta entre ciencia y praxis»²³. Con ello no es sólo la fe la que recibe un nuevo contenido, sino también la esperanza: «en Bacon la esperanza recibe también una nueva forma. Ahora se llama: fe en el progreso». Más aún, «para Bacon está claro que los descubrimientos y las invenciones apenas iniciados son sólo un comienzo; que gracias a la sinergia entre

17. Francis Bacon (1561-1626) publica el *Novum Organum* en 1620, algo más de una década después del descubrimiento del telescopio, y trece años antes del juicio y la condena de Galileo.

18. *Spe salvi*, 16.

19. *Novum Organum* I, 117.

20. *Spe salvi*, 16.

21. Ver *Novum Organum*, I, 129.

22. *Spe salvi*, 16.

23. Allí mismo, 17.

ciencia y praxis se seguirán descubrimientos totalmente nuevos, surgirá un mundo totalmente nuevo, el reino del hombre²⁴»²⁵.

Esta nueva fe en el progreso, que se manifestará de distintas maneras en los siglos siguientes, depende de la razón que se descubre capaz de someter la naturaleza y en ello se ve el camino a una cada vez mayor libertad:

«El progreso es sobre todo un progreso del dominio creciente de la razón, y esta razón es considerada obviamente un poder del bien y para el bien. El progreso es la superación de todas las dependencias, es progreso hacia la libertad perfecta»²⁶.

En la afirmación de la razón y la libertad —de las cuales se espera que garanticen «de por sí, en virtud de su bondad intrínseca, una

En la Spe salvi, el Papa Ratzinger indica que «los elementos fundamentales de la época moderna» se ven «con particular claridad en Francis Bacon», pues el origen de la nueva conciencia moderna se debe a la evolución producida en la comprensión de la ciencia y la técnica que se da con Bacon.

nueva comunidad humana perfecta»—, está siempre presente, aunque no siempre explícito, el «contraste también con los vínculos de la

fe y de la Iglesia, así como con los vínculos de los ordenamientos estatales de entonces». De aquí proviene su «potencial revolucionario»²⁷, que se irá manifestando más adelante. Kant, por ejemplo, expresaba esta misma idea cuando decía que «el paso gradual de la fe eclesíástica al dominio exclusivo de la pura fe religiosa —que para él se identifica con la “simple fe racional”²⁸— constituye el acercamiento del reino de Dios»²⁹.

24. Ver *New Atlantis*.

25. *Spe Salvi*, 17.

26. Allí mismo, 18.

27. Lug. cit.

28. Allí mismo, 19.

29. En *Werke IV*: W. Weischedel, ed. (1956), 777. Citado en *Spe salvi*, 19.

KANT

El siguiente hito de la ciencia moderna que indica el magisterio del Papa Ratzinger, es precisamente el pensamiento de Kant³⁰. En el discurso de Ratisbona centra la problemática de la edad moderna en «la autolimitación moderna de la razón, clásicamente expresada en las “críticas” de Kant, aunque radicalizada ulteriormente entre tanto por el pensamiento de las ciencias naturales»³¹.

El «concepto moderno de razón» y de ciencia tiene en su fundamento, según Benedicto, «una síntesis entre platonismo (cartesianismo) y empirismo, una síntesis corroborada por el éxito de la técnica. Por una parte, se presupone la estructura matemática de la materia, su racionalidad intrínseca, por decirlo así, que hace posible comprender cómo funciona y puede ser utilizada: este presupuesto de fondo es en cierto modo el elemento platónico en la comprensión moderna de la naturaleza. Por otra, se trata de la posibilidad de explotar la naturaleza para nuestros propósitos, en cuyo caso sólo la posibilidad de verificar la verdad o falsedad mediante la experimentación ofrece la certeza decisiva»³².

Esta reducción moderna del campo de la razón afecta al hombre mismo. En efecto, «si la ciencia en su conjunto es sólo esto, entonces el hombre mismo sufriría una reducción, pues los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la “ciencia” entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo».

De este modelo de razón se siguen dos consecuencias. Por un lado, se absolutiza la certeza científica obtenida según este método: «Sólo el tipo de certeza que deriva de la sinergia entre matemática y método empírico puede considerarse científica. Todo lo que pretenda ser ciencia ha de atenerse a este criterio». Esto vale no solo para las cien-

30. Immanuel Kant (1724-1804).

31. *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de setiembre de 2006.

32. Allí mismo.

cias naturales, sino que «también las ciencias humanas, como la historia, la psicología, la sociología y la filosofía, han tratado de aproximarse a este canon de valor científico». La segunda consecuencia es que Dios queda excluido del ámbito de la razón así entendida: «este método en cuanto tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico»³³.

Esta reducción moderna del campo de la razón afecta al hombre mismo. En efecto, «si la ciencia en su conjunto es sólo esto, entonces el hombre mismo sufriría una reducción, pues los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la “ciencia” entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo»³⁴. Se generan así las patologías de la religión y de la razón que caracterizan a nuestra época, sin que los «intentos de construir una ética a partir de las reglas de la evolución, de la psicología o de la sociología» logren superar el subjetivismo de la «“conciencia” subjetiva [que] se convierte, en definitiva, en la única instancia ética»³⁵.



La reducción de la fe al ámbito subjetivo deriva en un quiebre, cuando «Kant definió la “religión dentro de la razón pura”». Esto llevó —en el plano político— a no querer prácticamente «conceder espacio alguno a la Iglesia y a la fe», pero esta actitud estaba ligada no solo al «liberalismo radical», sino también —y por eso es relevante para nuestro tema— a «unas ciencias naturales que pretendían abarcar con sus conocimientos toda la realidad hasta sus confines, proponiéndose tercamente hacer superflua la “hipótesis Dios”»³⁶.

33. Allí mismo.

34. Allí mismo.

35. Allí mismo.

36. *Discurso a la Curia romana con ocasión del saludo navideño*, 22 de diciembre de 2005

El atractivo del racionalismo kantiano radica precisamente en la esperanza —ya presente en Bacon— que se pone en la ciencia así entendida: «la época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente»³⁷. Para la modernidad la ciencia se convierte así en el fundamento que permite reemplazar «la esperanza bíblica del reino de Dios» por «la esperanza del reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero “reino de Dios”»³⁸.

EL POSITIVISMO

La reducción del horizonte de la razón obrada en Kant desemboca en la «concepción positivista de la naturaleza». Para «la razón en una visión positivista, que muchos consideran como la única visión científica», en efecto, «aquello que no es verificable o falsable no entra en el ámbito de la razón en sentido estricto». Así, como hemos visto, «el *ethos* y la religión han de ser relegadas al ámbito de lo subjetivo y caen fuera del ámbito de la razón en el sentido estricto de la palabra», comprometiendo la capacidad de encontrar un fundamento real para la convivencia humana y para el derecho. Ello genera «una situación dramática que afecta a todos», pues «donde la razón positivista es considerada como la única cultura suficiente, relegando todas las demás realidades culturales a la condición de subculturas, ésta reduce al hombre, más todavía, amenaza su humanidad». El motivo de esto está ligado al modo reductivo en que se aproxima a la realidad, relegando aquello que la fe aporta:

«La razón positivista, que se presenta de modo exclusivo y que no es capaz de percibir nada más que aquello que es

37. *Spe salvi*, 30.

38. *Lug. cit.*

funcional, se parece a los edificios de cemento armado sin ventanas, en los que logramos el clima y la luz por nosotros mismos, sin querer recibir ya ambas cosas del gran mundo de Dios»³⁹.

Reducido todo a lo que la razón construye, se excluye no solo lo que viene de Dios, sino también todo fundamento que vaya más allá de lo que la razón es capaz de abarcar y dominar.

CRISIS

La esperanza en la razón científica y su capacidad de garantizar el reino de Dios en la tierra, fueron puestas a prueba primero por la barbarie de la revolución francesa y después por las terribles condiciones de vida que acompañaron la revolución industrial. La conciencia de la ambigüedad del progreso racional y científico ha seguido evidenciándose de distintas maneras hasta el presente:

«¿Qué significa realmente “progreso”; qué es lo que promete y qué es lo que no promete? Ya en el siglo XIX había una crítica a la fe en el progreso... La ambigüedad del progreso resulta evidente. Indudablemente, ofrece nuevas posibilidades para el bien, pero también abre posibilidades abismales para el mal, posibilidades que antes no existían. Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal»⁴⁰.

Esta ambigüedad del progreso, que sigue presente en la conciencia actual, ha generado a lo largo del tiempo reacciones más o menos agudas que acompañan como contrapunto el desarrollo tecnológico y científico y la fe en el progreso que con frecuencia lo acompañan.

En el caso del marxismo la reacción revolucionaria no excluye, sin embargo, una forma de confianza moderna en la ciencia. El revolucio-

39. *Discurso en el Parlamento Federal de Berlín*, 22 de septiembre de 2011.

40. *Spe salvi*, 22.

nario Marx recogió «esta llamada del momento y, con vigor de lenguaje y pensamiento, trató de encauzar este nuevo y, como él pensaba, definitivo gran paso de la historia hacia la salvación, hacia lo que Kant había calificado como el “reino de Dios”»⁴¹. No por ello renunció al ideal milenarista de la ciencia. Es verdad que, para él, el «progreso hacia lo mejor, hacia el mundo definitivamente bueno, ya no viene simplemente de la ciencia, sino de la política», pero se trata «de una política pensada científicamente, que sabe reconocer la estructura de la historia y de la sociedad, y así indica el camino hacia la revolución, hacia el cambio de todas las cosas»⁴². El error fundamental de Marx que señala Benedicto XVI en la *Spe salvi*, no es ajeno a esta mística de la ciencia y en ello se muestra como un típico exponente de la modernidad: «Ha olvidado que el hombre es siempre hombre. Ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal»⁴³.

En efecto, «en el trasfondo del optimismo generalizado del saber científico se extiende la sombra de una crisis del pensamiento». El hombre de hoy «condicionado por un reduccionismo y un relativismo que llevan a perder el significado de las cosas; casi deslumbrado por la eficacia técnica, olvida el horizonte fundamental de la demanda de sentido, relegando así a la irrelevancia la dimensión trascendente».

El caso de Marx, en que la reacción revolucionaria ante el fracaso de una forma de racionalismo político y social busca sin embargo justificar su proyecto y su esperanza en su supuesto carácter científico, es un ejemplo de algo que agudamente ha señalado Benedicto XVI: la confianza en la ciencia y la conciencia de crisis son como dos caras de la misma moneda. En efecto, «en el trasfondo del optimismo generalizado del saber científico se extiende la sombra de una crisis del pensamiento». El hombre de hoy «condicionado por un reduccionismo y un relativismo que llevan a perder el significado de las cosas; casi deslumbrado por la eficacia técnica, olvida el horizonte fundamental de la demanda de sentido, relegando así a la irrelevancia la dimensión trascendente». Ello conduce a un tipo de cultura en

41. Allí mismo, 20.

42. Lug. cit.

43. Allí mismo, 21.

que «el pensamiento resulta débil y gana terreno también un empobrecimiento ético, que oscurece las referencias normativas de valor»⁴⁴, imposibilitando la afirmación de valores fuertes —verdaderos— sobre los cuales fundar la existencia humana.

EL CONFLICTO CON LA FE

Si en los comienzos de la edad moderna el error de la Iglesia en el caso de Galileo había marcado un inicio problemático, la nueva comprensión de la ciencia en la modernidad había exacerbado el conflicto.

Ya Bacon formuló la ciencia de una manera en que «no es que se niegue la fe; pero queda desplazada a otro nivel —el de las realidades exclusivamente privadas y ultramundanas— al mismo tiempo que resulta en cierto modo irrelevante para el mundo»⁴⁵. A ello siguieron los «drásticos (...) rechazos» de la fe y de la religión «por parte de los que se sentían representantes de la edad moderna»⁴⁶, muchas veces en nombre de la ciencia. Valiéndose de una expresión de San Buenaventura, Benedicto llega a hablar de «la *violentia rationis*, el despotismo de la razón, que se constituye en juez supremo y último de todo», y señala que «esta modalidad de uso de la razón, en la edad moderna, alcanzó el culmen de su desarrollo en el ámbito de las ciencias naturales». En efecto, la «razón experimental se presenta hoy ampliamente como la única forma de racionalidad declarada científica»⁴⁷.

Como reacción a esta hostilidad, que muchas veces tomó formas muy radicales, se dieron «en el siglo XIX, bajo Pío IX, por parte de la Iglesia, ásperas y radicales condenas de ese espíritu de la edad moderna» de manera que prácticamente no quedaba «ningún ámbito abierto a un entendimiento positivo y fructuoso»⁴⁸.

44. *Discurso a la Universidad del Sagrado Corazón*, 3 de mayo de 2012.

45. *Spe salvi*, 17.

46. *Discurso a la Curia romana con ocasión del saludo navideño*, 22 de diciembre de 2005.

47. *Discurso en la entrega del "Premio Ratzinger"*, 30 de junio de 2011. Aunque este juicio sobre la razón moderna puede sonar duro, el Papa agrega a continuación: «Con este planteamiento, como sabemos, se han realizado obras grandiosas. Que ese planteamiento es justo y necesario en el ámbito del conocimiento de la naturaleza y de sus leyes, nadie querrá seriamente ponerlo en duda».

48. *Discurso a la Curia romana con ocasión del saludo navideño*, 22 de diciembre de 2005.

EL CAMINO A RECORRER

DISCERNIMIENTO

Teniendo en cuenta el panorama hasta ahora expuesto, no sorprende que entre los «círculos de preguntas», que según el Papa Benedicto XVI debió plantearse el Concilio, mencione en primer lugar la necesidad de «definir de modo nuevo la relación entre la fe y las ciencias modernas». También resulta evidente que el camino del diálogo con la ciencia moderna es «sumamente exigente, como es exigente la síntesis de fidelidad y dinamismo»⁴⁹, y que la generosa apertura de mente no puede ser ingenua. No en vano advierte el Papa que los que esperaban que con un

«“sí” fundamental a la edad moderna todas las tensiones desaparecerían y la “apertura al mundo” así realizada lo transformaría todo en pura armonía, habían subestimado las tensiones interiores y también las contradicciones de la misma edad moderna; habían subestimado la peligrosa fragilidad de la naturaleza humana, que en todos los períodos de la historia y en toda situación histórica es una amenaza para el camino del hombre»⁵⁰.



Al proponer una apertura al mundo, es evidente que el Concilio Vaticano II «no podía tener la intención de abolir esta contradicción del Evangelio con respecto a los peligros y los errores del hombre». Su intención era, por el contrario, «eliminar contradicciones erróneas o superfluas, para presentar al mundo actual la exigencia del Evangelio en toda su grandeza y pureza»⁵¹.

49. Allí mismo.

50. Allí mismo.

51. Allí mismo.

La senda que Benedicto plantea es un recorrido hacia adelante. La necesaria crítica, aclara, «no comporta de manera alguna la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando de plano las convicciones de la época moderna». Más aún, la «intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso».

En armonía con este espíritu conciliar, la senda que Benedicto plantea es un recorrido hacia adelante. La necesaria crítica, aclara, «no comporta de manera alguna la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando de plano las convicciones de la época moderna». Más aún, la «intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso». Esto vale también para la ciencia y supone buscar los senderos para superar «la limitación que la razón se impone a sí

misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación» volviendo «a abrir sus horizontes en toda su amplitud»⁵².

RECONOCER LOS VALORES DE LA CIENCIA MODERNA

Un paso fundamental de ese camino es el de reconocer los valores presentes en la ciencia moderna, reconocimiento que se da en el marco de «la confianza que la Iglesia ha depositado siempre en las posibilidades de la razón humana y en un trabajo científico realizado rigurosamente»⁵³. Aunque el Papa Ratzinger se ha detenido más en los aspectos críticos, no ha dejado de mostrar su aprecio por la ciencia moderna. En Ratisbona, por ejemplo, hablando de la edad moderna en general, dijo de manera enfática que «se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu: todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado»⁵⁴. El juicio positivo sobre la ciencia se refiere, pues, en primer lugar a los beneficios que ha reportado para la humanidad:

52. *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de setiembre de 2006.

53. *Discurso a la Asamblea de la Pontificia Academia para la Vida*, 25 de febrero de 2012.

54. *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de setiembre de 2006.

«La investigación científica tiene ciertamente su valor positivo. El descubrimiento y el incremento de las ciencias matemáticas, físicas, químicas y de las aplicadas son fruto de la razón y expresan la inteligencia con que el hombre consigue penetrar en las profundidades de la creación. La fe, por su parte, no teme el progreso de la ciencia y el desarrollo al que conducen sus conquistas, cuando estas tienen como fin al hombre, su bienestar y el progreso de toda la humanidad»⁵⁵.

Pero esta valoración de la ciencia moderna no se reduce a los beneficios prácticos que la humanidad ha obtenido gracias al progreso tecnológico, sino también al rol que tiene en el presente y futuro: «¿Quién puede negar que la responsabilidad ante el futuro de la humanidad y el respeto por la naturaleza y el mundo que nos rodea, requiere, hoy más que nunca, la meticulosa observación, el juicio crítico, la paciencia y la disciplina que son esenciales para el método científico moderno?»⁵⁶.

LA EVOLUCIÓN DE LA MODERNIDAD

Por otro lado, es preciso constatar que el camino histórico de la ciencia moderna no se ha detenido en el laicismo decimonónico. La posibilidad de reabrir las puertas del diálogo se da también porque, como era evidente en tiempo del Concilio, «la edad moderna había evolucionado», lo cual permitió también que la Iglesia revise o incluso corrija «algunas decisiones históricas». En el campo político, la concepción del Estado Moderno dejó de estar ligada a un anti-clericalismo radical, y por su parte, las «ciencias naturales comenzaban a reflexionar, cada vez más claramente, sobre su propio límite, impuesto por su mismo método que, aunque realizaba cosas grandiosas, no era capaz de comprender la totalidad de la realidad». Aunque estas ciencias «hacían profesión de su método, en el que Dios no tenía acceso», al mismo tiempo «se daban cuenta cada vez con mayor claridad de que este método no abarcaba la totalidad de

55. *Discurso a un Congreso con motivo del X aniversario de la Fides et ratio*, 16 de octubre de 2008.

56. *Discurso a un encuentro en el Observatorio Astronómico Vaticano*, 30 de octubre de 2009.

la realidad y, por tanto, abrían de nuevo las puertas a Dios, sabiendo que la realidad es más grande que el método naturalista y que lo que ese método puede abarcar»⁵⁷. También esta evolución interna del mundo científico, no carente de ambigüedades, abría el paso al diálogo.

OBEDIENCIA A LA VERDAD

Para que este camino de diálogo sea fecundo es indispensable, según Benedicto XVI, afirmar con claridad que «la ética de la investigación científica... debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, expresar una actitud que forma parte de los rasgos esenciales del espíritu cristiano»⁵⁸. La pregunta se plantea en el contexto actual también como desafío: «¿Cómo puede la razón volver a encontrar su grandeza sin deslizarse en lo irracional? ¿Cómo puede la naturaleza aparecer nuevamente en su profundidad, con sus exi-

«La honradez intelectual» del trabajo científico exige que este sea «expresión de una ciencia que mantiene vivo su espíritu de búsqueda de la verdad», de la verdad completa, sea cual fuera su fuente. Se trata de «dirigir de nuevo nuestra mirada hacia el cielo con un espíritu de admiración, contemplación y compromiso de buscar la verdad, dondequiera se deba encontrar».

gencias y con sus indicaciones?»⁵⁹ En otras palabras, «la honradez intelectual» del trabajo científico exige que este sea «expresión de una ciencia que mantiene vivo su espíritu de búsqueda de la verdad»⁶⁰, de la verdad completa, sea cual fuera su fuente. Se trata de «dirigir de nuevo nuestra mirada hacia el cielo con un espíritu de admiración, contemplación y compromiso de buscar la verdad, dondequiera se deba encontrar»⁶¹, superando la «aversión a los interrogantes fundamentales de su razón», que amenaza desde hace mucho a Occidente⁶². La ciencia no «se puede

57. Discurso a la Curia Romana con ocasión del saludo navideño, 22 de diciembre de 2005.

58. Discurso en la Universidad de Ratisbona, 12 de setiembre de 2006.

59. Discurso en el Parlamento Federal de Berlín, jueves 22 de setiembre de 2011.

60. Discurso a la Asamblea de la Pontificia Academia para la Vida, 25 de febrero de 2012.

61. Discurso a un encuentro en el Observatorio Astronómico Vaticano, 30 de octubre de 2009.

62. Discurso en la Universidad de Ratisbona, 12 de setiembre de 2006.

reducir a cálculos y experimentos». Al contrario, el conocimiento «debe comprometerse en la búsqueda de la verdad última», aunque «siempre está más allá de nuestro alcance completo»⁶³. Dicho de otra manera: «es necesario volver a abrir las ventanas, hemos de ver nuevamente la inmensidad del mundo, el cielo y la tierra»⁶⁴. El horizonte es el de «ensanchar los espacios de nuestra racionalidad, volver a abrirla a las grandes cuestiones de la verdad y del bien»⁶⁵.

INTERROGANTES DEL MÉTODO DE LA CIENCIA

Tomar en serio la búsqueda de la verdad que es la vocación esencial de la ciencia, significa que esta debe estar abierta a plantearse las interrogantes que brotan de su propio método. Este es el reto que lanzó Benedicto en Ratisbona a la razón científica, fundada en “la sinergia entre matemática y método empírico”:

«La razón moderna propia de las ciencias naturales, con su elemento platónico intrínseco, conlleva un interrogante que va más allá de sí misma y que trasciende las posibilidades de su método. La razón científica moderna ha de aceptar simplemente la estructura racional de la materia y la correspondencia entre nuestro espíritu y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza como un dato de hecho, en el cual se basa su método. Ahora bien, la pregunta sobre el por qué existe este dato de hecho, la deben plantear las ciencias naturales a otros ámbitos más amplios y altos del pensamiento, como son la filosofía y la teología»⁶⁶.

Si esta pregunta no recibe respuesta, y para ello, «por sí solas las ciencias naturales y físicas no bastan», entonces «el análisis de los fenómenos... se queda cerrado en sí mismo» y se «corre el riesgo de presentar el cosmos como un enigma irresoluble», prescindiendo del hecho de que «la materia posee una inteligibilidad capaz de hablar a

63. *Discurso a un encuentro en el Observatorio Astronómico Vaticano*, 30 de octubre de 2009.

64. *Discurso en el Parlamento Federal de Berlín*, jueves 22 de septiembre de 2011.

65. *Discurso a los participantes en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana*, 19 de octubre de 2006.

66. *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de setiembre de 2006.

la inteligencia del hombre y de indicar un camino que va más allá del simple fenómeno»⁶⁷.

Benedicto XVI hace notar que el mismo Galileo se planteó esta pregunta. Si por un lado «sostenía que Dios ha escrito el libro de la naturaleza en la forma del lenguaje matemático», era consciente, sin embargo, de que «la matemática es una invención del espíritu humano para comprender la creación». El hecho de que «la naturaleza está realmente estructurada con un lenguaje matemático y la matemática inventada por el hombre puede llegar a comprenderlo» debe reco-

Benedicto XVI hace notar que el mismo Galileo se planteó esta pregunta. Si por un lado «sostenía que Dios ha escrito el libro de la naturaleza en la forma del lenguaje matemático», era consciente, sin embargo, de que «la matemática es una invención del espíritu humano para comprender la creación». El hecho de que «la naturaleza está realmente estructurada con un lenguaje matemático y la matemática inventada por el hombre puede llegar a comprenderlo» debe reconocerse como lo que es: «algo extraordinario».

nocerse como lo que es: «algo extraordinario»⁶⁸. Es, en efecto «sorprendente» constatar que la matemática, «esta invención de nuestra mente humana es realmente la clave para comprender la naturaleza, que la naturaleza está realmente estructurada de modo matemático, y que nuestra

matemática, inventada por nuestro espíritu, es realmente el instrumento para poder trabajar con la naturaleza, para ponerla a nuestro servicio, para servirnos de ella mediante la técnica»⁶⁹. Benedicto llega a decir que le «parece casi increíble que coincidan una invención del intelecto humano y la estructura del universo». No puede dejar de sorprendernos el hecho de que «coinciden la estructura intelectual del sujeto humano y la estructura objetiva de la realidad», de que «la razón subjetiva y la razón objetivada en la naturaleza son idénticas». Estamos ante un «enigma», que nos plantea el «gran desafío» de explicar por qué «es “una” la razón que las une a

67. Mensaje al Congreso sobre el tema “Del telescopio de Galileo a la cosmología evolutiva”, 26 de noviembre de 2009.

68. Allí mismo.

69. Discurso a los jóvenes de Roma y del Lacio, 6 de abril de 2006.

ambas», conscientes de que esa unidad es el presupuesto de la ciencia: «nuestra razón no podría descubrir la otra si no hubiera una idéntica razón en la raíz de ambas»⁷⁰.

¿Cómo explicar esta identidad? Benedicto responde que «en definitiva, es “una” razón que las une a ambas y que invita a mirar a una única Inteligencia creadora»⁷¹. La doctrina de la existencia de esta inteligencia creadora es la explicación que permite entender la inteligibilidad de la naturaleza, el sentido y la lógica que la ciencia presupone en ella. Es por eso también el fundamento que explica la existencia de la misma ciencia moderna y la efectividad de su método. La racionalidad de la ciencia

«implica que el universo mismo está estructurado de manera inteligente, de modo que existe una correspondencia profunda entre nuestra razón subjetiva y la razón objetiva de la naturaleza. Así resulta inevitable preguntarse si no debe existir una única inteligencia originaria, que sea la fuente común de una y de otra. De este modo, precisamente la reflexión sobre el desarrollo de las ciencias nos remite al Logos creador. Cambia radicalmente la tendencia a dar primacía a lo irracional, a la casualidad y a la necesidad, a reconducir a lo irracional también nuestra inteligencia y nuestra libertad»⁷².

La pregunta por la fundamentación de la ciencia tiene dos posibles respuestas, en las que está en juego la afirmación o la negación de Dios. En palabras del Papa Ratzinger:

«Dios o existe o no existe. Hay sólo dos opciones. O se reconoce la prioridad de la razón, de la Razón creadora que está en el origen de todo y es el principio de todo —la prioridad de la razón es también prioridad de la libertad— o se sostiene la prioridad de lo irracional, por lo cual todo lo que funciona en nuestra tierra y en nuestra vida sería sólo oca-

70. Allí mismo.

71. *Mensaje al Congreso sobre el tema “Del telescopio de Galileo a la cosmología evolutiva”*, 26 de noviembre de 2009.

72. *Discurso a los participantes en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana*, 19 de octubre de 2006.

sional, marginal, un producto irracional; la razón sería un producto de la irracionalidad»⁷³.

La opción por la afirmación de la racionalidad del universo brota de la confesión cristiana: «En definitiva, no se puede “probar” uno u otro proyecto, pero la gran opción del cristianismo es la opción por la racionalidad y por la prioridad de la razón»⁷⁴. Es esa opción basada en la fe, fundamental para la visión cristiana del mundo, la que explica el desarrollo histórico de la ciencia en el occidente cristiano:

«Precisamente la matriz cultural creada por el cristianismo —basada en la afirmación de la existencia de la Verdad y de la inteligibilidad de lo real a la luz de la Suma Verdad—, repito, la matriz cultural hizo posible en la Europa medieval el desarrollo del saber científico moderno, saber que en las culturas anteriores estaba sólo en germen»⁷⁵.

La investigación científica y la pregunta por el sentido, «brotan de un único manantial, el *Logos* que preside la obra de la creación y guía la inteligencia de la historia»⁷⁶.

MUTUA APERTURA DE CIENCIA Y FE

El camino recorrido hasta este punto, muestra cómo la ciencia, si toma en serio los interrogantes que plantea su esfuerzo por conocer la verdad de las cosas que investiga, se abre a la existencia de un «*logos* que él no ha creado, sino que ha observado», y por ese camino a «admitir la existencia de una Razón omnipotente, que es dife-

73. *Discurso a los jóvenes de Roma y del Lacio*, 6 de abril de 2006.

74. Allí mismo.

75. *Discurso a la Asamblea de la Pontificia Academia para la Vida*, 25 de febrero de 2012.

76. *Discurso a la Universidad del Sagrado Corazón*, 3 de mayo de 2012.

rente respecto a la del hombre y que sostiene el mundo». En esto se da el «punto de encuentro entre las ciencias naturales y la religión», y la ciencia misma «se convierte en un lugar de diálogo, un encuentro entre el hombre y la naturaleza y, potencialmente, también entre el hombre y su Creador»⁷⁷. Al ir más allá de sí misma y abrirse a la filosofía y la teología, la ciencia misma recibe luces en su propio camino:

«La filosofía y la teología, en esta fase, revisten un papel importante para allanar el camino hacia ulteriores conocimientos. Ante los fenómenos y la belleza de la creación la filosofía busca, con su razonamiento, entender la naturaleza y la finalidad última del cosmos. La teología, fundada en la Palabra revelada, escruta la belleza y la sabiduría del amor de Dios, que ha dejado sus huellas en la naturaleza creada. En este movimiento gnoseológico están implicadas tanto la razón como la fe; ambas ofrecen su luz»⁷⁸.

El «conocimiento de la complejidad del cosmos» no se alcanza satisfactoriamente con una metodología que reduce el campo de la razón.

Por el contrario, ese conocimiento «requiere una pluralidad de instrumentos capaces de poder satisfacerla». Desde esta conciencia «no se vislumbra ningún conflicto en el horizonte



entre los varios conocimientos científicos y los filosóficos y teológicos»⁷⁹. Más aún, «ciencia y fe tienen una reciprocidad fecunda, casi una exigencia complementaria de la inteligencia de lo real»⁸⁰. Esta exigencia de diálogo manifiesta, con respecto a la ciencia, algo que

77. *Discurso a la plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias*, 28 de octubre de 2010.

78. *Mensaje al Congreso sobre el tema "Del telescopio de Galileo a la cosmología evolutiva"*, 26 de noviembre de 2009.

79. *Allí mismo*.

80. *Discurso a la Universidad del Sagrado Corazón*, 3 de mayo de 2012.

vale para la razón toda: la apertura a las luces que provienen de la fe, no solo no la limita, sino que de alguna manera esa apertura es condición de su verdadera grandeza:

«Si la razón, celosa de su presunta pureza, se hace sorda al gran mensaje que le viene de la fe cristiana y de su sabiduría, se seca como un árbol cuyas raíces no reciben ya las aguas que le dan vida. Pierde la valentía por la verdad y así no se hace más grande, sino más pequeña... No se hace más razonable y más pura, sino que se descompone y se fragmenta»⁸¹.

En otras palabras, «la razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión»⁸².

AUTO-CRÍTICA DE LA CIENCIA

En esta mutua correspondencia entre fe y razón, la ciencia moderna encontrará luces que le permitan una auto-crítica que le ayude, en primer lugar, a reconocer su propio lugar y superar «la opinión según la cual la ciencia puede responder a todos los interrogantes relacionados con la existencia del hombre e incluso a sus más altas aspiraciones»⁸³. Es necesario reconocer que es un error «considerar que el hombre sería redimido por medio de la ciencia», pues en realidad, con «semejante expectativa se pide demasiado a la ciencia; esta especie de esperanza es falaz»⁸⁴ y desnaturaliza por ello a la misma ciencia.

Una ciencia consciente de sus propios límites estará también abierta al discernimiento ético, cuya necesidad se percibe en el temor que en algunos produce el poder que ha adquirido la ciencia: «algunos temen la ciencia y se alejan de ella a causa de ciertos desarrollos que hacen reflexionar, como la construcción y el uso aterrador de armas

81. *Discurso preparado para el Encuentro en la Universidad de Roma "La Sapienza"*, 17 de enero de 2008.

82. *Spe salvi*, 23.

83. *Discurso a la plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias*, 28 de octubre de 2010.

84. *Spe salvi*, 25.

nucleares»⁸⁵. Efectivamente, en «un momento histórico, en el cual el hombre ha adquirido un poder hasta ahora inimaginable»⁸⁶, con la conciencia de que la «ciencia puede contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad», pero que «también puede destruir al hombre y al mundo si no está orientada por fuerzas externas a ella misma», la apertura a una iluminación ética, que vaya más allá de la ciencia es un servicio a la misma actividad científica.

contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad», pero que «también puede destruir al hombre y al mundo si no está orientada por fuerzas externas a ella misma»⁸⁷, la apertura a una iluminación ética, que vaya más allá de la ciencia es un servicio a la misma actividad científica:

«Hay dimensiones de la existencia humana que están más allá de los límites que las ciencias naturales son capaces de determinar. Si se superan estos límites, se corre el grave riesgo de que la dignidad única y la inviolabilidad de la vida humana puedan subordinarse a consideraciones meramente utilitaristas. Pero si, en cambio, se respetan debidamente estos límites, la ciencia puede dar una contribución realmente notable a la promoción y a la salvaguarda de la dignidad del hombre: de hecho, en esto radica su verdadera utilidad»⁸⁸.

Si la ciencia «no es capaz de elaborar principios éticos» sí puede «acogerlos en sí y reconocerlos como necesarios», evitando así avanzar «sola por un sendero tortuoso, lleno de imprevistos y no privado de riesgos». Reconocer esta necesidad de una iluminación ética que obliga a ir más allá de sí misma «no significa en absoluto limitar la

85. Discurso a la plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias, 28 de octubre de 2010.

86. Discurso en el Parlamento Federal de Berlín, jueves 22 de septiembre de 2011.

87. *Spe salvi*, 25.

88. Discurso en la Conferencia internacional sobre células madre, 12 de noviembre de 2011.

investigación científica o impedir a la técnica producir instrumentos de desarrollo». Es, por el contrario, la condición para mantener «el sentido de responsabilidad que la razón y la fe poseen frente a la ciencia, para que permanezca en su estela de servicio al hombre»⁸⁹.

AUTO-CRÍTICA DE LA FE

Para cumplir con su misión respecto a la ciencia, también la fe debe someterse a una auto-crítica, recorrer un camino de purificación para que sea realmente la garante de la tensión de todo conocimiento hacia la verdad total. El Papa Benedicto XVI constata cómo en la modernidad, ante el avance, que tantas veces podía parecer incontenible, de la ciencia y la técnica, el cristianismo ha cedido muchas veces a la tentación de la parcialidad: «debemos constatar también que el cristianismo moderno, ante los éxitos de la ciencia en la progresiva estructuración del mundo, se ha concentrado en gran parte sólo sobre el individuo y su salvación»⁹⁰, dando fuerza a «la idea de que el mensaje de Jesús es estrictamente individualista y dirigido sólo al individuo» y una “búsqueda egoísta de la salvación que se niega a servir a los demás»⁹¹.

Una fe que «ha reducido el horizonte de su esperanza», que ya no tiene en cuenta «la grandeza de su cometido»⁹², que reduce su horizonte cediendo al «concepto moderno de ciencia», retirándose «al campo de la historia» o concentrándose «en la praxis», una fe que ya no se considera como «objeto del pensamiento» y pierde de vista que en ella «está en juego la cuestión sobre la verdad, la cual es su fundamento último y esencial»⁹³, una fe así no es capaz de dialogar con la ciencia, ni de ofrecerle el servicio que está llamada a darle para que alcance su verdadera grandeza al servicio de la verdad y de la humanidad. La fe está llamada a «reconocer nuevamente su intrínseca amplitud y su propia racionalidad». Si por un lado, la «razón necesita el Logos que está en el inicio y es nuestra luz», por otro, la fe,

89. *Discurso a un Congreso con motivo del X aniversario de la Fides et ratio*, 16 de octubre de 2008.

90. *Spe salvi*, 25.

91. *Allí mismo*, 16.

92. *Allí mismo*, 25.

93. *Discurso en la entrega del “Premio Ratzinger”*, 30 de junio de 2011.

abriéndose al diálogo con la razón moderna, podrá «darse cuenta de su propia grandeza y corresponder a sus responsabilidades»⁹⁴.

CONCLUSIÓN

El Magisterio del Papa Benedicto XVI nos presenta con penetración el amplio y complejo panorama de la relación entre fe y ciencia moderna. Parte de una comprensión en profundidad de los difíciles inicios de la relación entre fe y modernidad, en que la ciencia tuvo un lugar central, analizando a fondo la compleja problemática de esta etapa de la historia de la humanidad y del pensamiento, sin dejar de tener en cuenta los errores por parte de la Iglesia. Pero no se queda en la situación conflictiva sino que, teniendo también en cuenta la evolución histórica, propone un camino hacia el diálogo y el encuentro.

Invita a la ciencia a reencontrarse con la búsqueda de la verdad como su dinamismo más auténtico y profundo, abriéndose a las preguntas que su misma lógica plantea en su encuentro con el ser, en particular la cuestión de la fuente de la inteligibilidad de la realidad y su correspondencia con la racionalidad que la inteligencia humana descubre en sí misma y desarrolla. Por ese camino propone a la ciencia la apertura al *Logos* creador, que explica la unidad de la racionalidad de la materia y de la mente humana, y con ello la invita a abrirse a las luces que la fe le ofrece. Esto por su parte supone para la fe la exigencia de entenderse en el horizonte de la verdad, que es precisamente el que está llamado a ofrecerle a la ciencia.

El sendero que el Papa Benedicto XVI propone para el diálogo entre fe y ciencia moderna es un camino hacia adelante, y no un retroceso. Al reconectar la ciencia con la búsqueda de la verdad, la auto-crítica tanto de la ciencia como de la fe, las sitúa en el camino de la búsqueda metafísica del ser, y por tanto del servicio más auténtico al ser humano.

Se trata de una senda exigente y no carente de dificultades, en la que los pasos dados son quizá incipientes, pero es también un camino apasionante, como es fascinante y exigente la búsqueda de la verdad.

94. *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2006.